

CAPITULO XLIII.

Desavenencias entre el rey de Castilla y el rey de Sevilla.—Los mahometanos de España llaman en su auxilio á los Almoravides.—Quien eran estos.—Su venida á España.—Prepárase D. Alfonso VI á combatirlos.—Batalla de Zalaca.—Los Almoravides se apoderan de toda la España musulmana.

El engrandecimiento del rey de Castilla en particular, y en general el de todos los soberanos cristianos, no podía menos de inspirar serios recelos á los musulmanes que se consideraban impotentes ya, para resistir á tan poderosos adversarios.

El mismo Ebn-Abed de Sevilla, el aliado de Alfonso VI, el que para estrechar con mayor fuerza los lazos que le unían al castellano, le dió su hija Zaida como esposa, con una dote considerable, arrepentido ya de cuanto hiciera, solo deseaba encontrar una ocasión propicia para romper abiertamente con su amigo.

Alfonso que conocía el cambio que se verificara en el espíritu del sevillano, que veía lo divididos que se encontraban los musulmanes, y la gran ventaja que sobre ellos tenía, ansiaba romper abiertamente con ellos, y entrar á sangre y fuego por su territorio.

Fácilmente se comprende que en semejante disposición los ánimos, no podían mucho tiempo sostenerse. Alfonso en una de sus correrías, después de talar las tierras de los emires de Zaragoza y Badajoz, entró por el territorio del sevillano, y llegando hacia Tarifa hizo entrar su caballo en el mar, y cuando las aguas hubieron llegado al pecho, se detuvo, suponiendo que había llegado á los últimos términos de Andalucía.

Irritóse con esto Ebn-Abed, mas como conocía su inferioridad, mantuvo oculto su resentimiento; no así D. Alfonso, que con motivo de haber muerto los sevillanos á su tesoro que había pasado á aquella capital á cobrar el tributo que el monarca musulmán venía obligado á satisfacerle, escribió una carta altiva y dura, pidiéndole, no solamente satisfacción de aquella ofensa, si que también que le entregase varias plazas de su reino á que se creía tener derecho.

Si agrio fue el mensaje del castellano, no lo fue menos la respuesta que produjo el ya inevitable rompimiento.

El rey de Castilla, decía al sevillano después de un preámbulo en el cual manifestaba los hechos de armas que realizara contra los infieles.—«Y si no mirara á los concies que hay entre nosotros, ya hubiera invadido vuestra tierra y echádoos á sangre y fuego de España, sin dar lugar á demandas ni respuestas, y no habría entre nosotros mas embajador que el ruido y topel de las armas y el relinchar de los caballos y el estruendo de los atambores y trompetas de batalla.»

No menos belicosa fue la contestación del musulmán: «Bien sabes — le decía, — que también nosotros tenemos á mas, caballos y gente esforzada que no se asusta del estruendo de las batallas, ni vuelve el rostro á la horrorosa muerte, y que metidos en la pelea nuestros caballeros saben salir airosos de ella.»

«Sabemos — continuaba en otro lugar, — dormir en la dura tierra sobre el albornoz, rondar y hacer la vela de la noche... y porque veas que es así como te lo digo, ya te tienen preparada la respuesta á tu demanda, y de común acuerdo te esperan con sus alfanjes limpios y acerados y con sus gruesas y agudas lanzas.» Y terminaba diciendo — «Confío en Dios que con su ayuda me amparará de tí, y sin tardanza verás entrar mis tropas por tus tierras (1).»

Ebn-Abed mandó llamar á su hijo Raschid, y le indicó el plan que había concebido para poder luchar con D. Alfonso, plan consistente en llamar en su auxilio á los almoravides de Africa. El joven príncipe trató de disuadirle, diciéndole muy cuerdamente, que pensara mucho lo que hacía, pues sería fácil que aquellos que como auxiliares vinieran se apoderaran después de todo su país, á lo que respondió el padre «Prefero hijo mío, ir á guardar los camellos del rey de Marruecos á ser vasallo y tributario de estos perros cristianos.»

Reunió inmediatamente en Sevilla á los jeques, cadies y príncipes á quienes mas perjudicaban las correrías del rey de Castilla, y todos á excepción de Abdallah-ben-Yussuf, gobernador de Málaga, convinieron en que viniesen los almoravides, dirigiéndose inmediatamente los enviados á buscar á Yussuf, emir de los almoravides.

En muy corto espacio habían llegado los almoravides á constituir un poderoso ejército.

El berberisco Yussuf-ben-Tachfin, de humilde origen y elevado por su valor á los primeros puestos del ejército, después que por efecto de las predicaciones del morabitho de Suz, Abdallah, los lamtunas, fracción de la gran familia berberisca, forzaron á estas tribus á aceptar su nueva religión, encargado por Abu-Bekr-ben-Omar que sucedió á Abdallah, de seguir la construcción de la nueva capital del naciente imperio, mientras él se dirigía hacia el desierto llamado por los lamtunas de la otra parte del Atlas, lanzóse sobre las tribus árabes no sometidas, dominólas tanto por fuerza de armas cuanto con la bondad de su carácter é invadiendo el reino de Fez, arrojó de él á los descendientes de Zeiri, se apoderó de la provincia de Tlencem, y cargado de laureles, dueño de aquel inmenso territorio, volvió á ocuparse de la construcción de la capital que mas tarde se llamó Marruecos.

Poco después regresó Abu-Bekr y al ver el gran prestigio y au-

(1) Cmo. Hist. de la dominación de los Árabes. Part. III, c. XIII.

toridad adquirida por su antiguo subordinado, al comprender lo mucho que ganara con sus brillantes conquistas, tuvo la prudencia de no tratar de quitarle un poder tan justamente adquirido, y regresó á su país después de felicitar á Yussuf por sus conquistas y sus adelantos.

Este continuó su victoriosa marcha, arrebató á los árabes cuanto poseían en aquel extenso territorio, les obligó á someterse á su yugo, y cuando después de tantas conquistas y de constantes victorias, regresó á su capital á instancias de sus jeques y walies, tomó el modesto título de emir, sin admitir el de califa, que querían concederle (1).

Cuando Yussuf recibió el mensaje de los musulmanes españoles, consultó con su alkatib lo que haría, y después manifestó á los enviados que les prestaría su apoyo, pero que necesitaba para poder entrar y salir cómodamente en España, que pusieran en su poder la *Isla verde* (Algeciras), á lo cual accedió el sevillano á pesar de haberle hecho presente su hijo lo peligroso de semejante concesión.

El día 30 de junio de 1086, desembarcó Yussuf en Algeciras siendo tal la muchedumbre de soldados que consigo traía, que según los historiadores, solamente su criador pudo contarla.

Hallábase sitiando á Zaragoza el rey de Castilla, cuando desembarcaron los almoravides, y temeroso de las consecuencias de semejante invasión, apresuróse á levantar el cerco, y después de celebrar consejo con sus caballeros envió á pedir auxilios al rey de Aragon y al conde Berenguer de Barcelona á quienes también interesaba.

Ambos estaban entonces ocupados en guerreras empresas, pues mientras el uno sitiaba á Tortosa, el otro recorría las tierras de Valencia; pero ambos suspendieron sus correrías para acudir donde se presentaba el mayor peligro.

Los tres soberanos reunieron sus tropas á las cuales se agregaron una porción de caballeros franceses ganosos de adquirir preza y fama en aquella terrible campaña, y mientras los cristianos avanzaban por el territorio del rey de Badajoz, Ebn-Abed de Sevilla se dirigió á su encuentro, mandando la vanguardia del gran ejército musulmán, siguiéndole Yussuf con el grueso de las tropas africanas á las que se habían unido la mayor parte de los emires de la España musulmana.

Ambas huestes se avistaron en las llanuras de Zalaca, á corta distancia de Badajoz, el viernes 23 de octubre de 1086 y una vez empeñada la batalla peleóse con un encarnizamiento terrible.

El completo mutismo que respecto á las peripecias de este combate guardan nuestras crónicas, prueba lo desgraciado que fue para nuestras armas, y todas las noticias que de él se tienen, débense á los escritores árabes, cuyas descripciones, pecando de exageradas siempre, deben acogerse con alguna precaución.

Dejando aparte toda esta exageración, queda, sin embargo, una derrota completa para los cristianos, derrota que costó la vida á multitud de nobles y esforzados caballeros, siendo quizás este combate, como dice un historiador contemporáneo, el que costó mas sangre cristiana, desde que los musulmanes pusieron el pie en España.

Fatales podían haber sido las consecuencias de semejante desastre, mas la marcha de Yussuf á Africa á consecuencia de la muerte de su hijo, paralizó la campaña, y las disensiones que estallaron en el campo de los aliados, dieron tiempo para que los cristianos pudieran rehacerse y aun algún tiempo después hacer correrías por las tierras de los infieles.

Cuando Yussuf volvió á pasar á España, púsose con todas sus fuerzas á sitiar el fortísimo castillo de Aledo, viéndose obligado á levantar el cerco después de grandes pérdidas, por las discordias que empezaron á surgir en el campo musulmán volviéndose poco tiempo después á Africa.

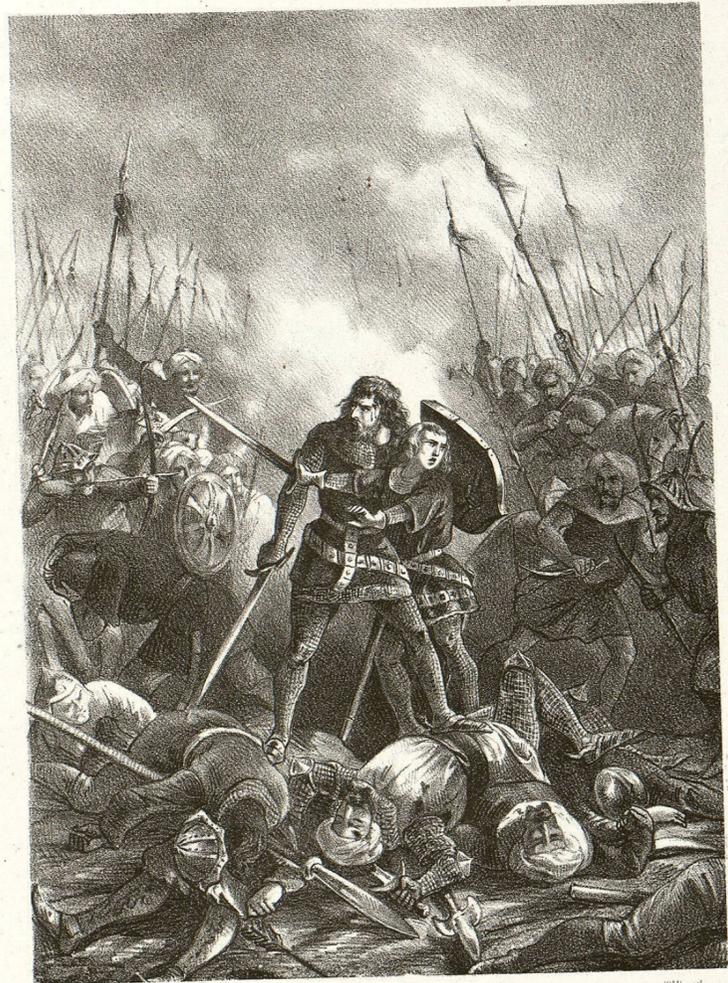
En 1090 tornó á pisar las playas españolas, mas no venía llamado ya por los árabes andaluces; sus primeros pasos dieron á entender bien claro que el presentimiento de Raschid, el hijo de Ebn-Abed, empezaba á realizarse.

Sin dar parte á nadie de su proyecto, marchó sobre Toledo, taló sus campos obligando á D. Alfonso á guarecerse tras de los muros de la fortísima ciudad, y desde allí marchó contra el rey de Granada Abdallah-ben-Balkin, que penetró sus intenciones; apoderóse de sus estados y le envió prisionero con toda su familia á Africa, permaneciendo algún tiempo en aquella ciudad.

Cuando regresó Yussuf á Africa dejó sus instrucciones á Ben-Abu-Bekr, y este en virtud de ellas fue poco á poco apoderándose de las ciudades del rey de Sevilla, hasta que reducido este al último extremo, imploró el auxilio del rey castellano con tan mala suerte, que la hueste que le envió D. Alfonso, fue derrotada cerca de Almodovar, viéndose obligado Ebn-Abed á rendirse y entregar la capital á Abu-Bekr.

Igual suerte tuvieron Badajoz y Almería y en un breve espacio los almoravides se apoderaron de toda la España musulmana, á excepción de Zaragoza.

(1) Rosew Saint-Hilaire, Conde, Romey y otros.



BATALLA DE UCLÉS.

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.

CAPITULO XLIV.

El Emir de Zaragoza consigue estar en buena amistad con Yussuf.—Muerte de este.—El rey de Castilla casa á sus dos hijas con dos condes franceses.—Matrimonios que celebró D. Alfonso de Castilla.—Continúa su guerra con los Almoravides.—Desastrosa batalla de Uclés.— Muerte del príncipe D. Sancho heredero de la corona de Castilla.

DEBILITADOS los árabes españoles por las guerras civiles, destruidos por las ambiciones y rivalidades, fácil les fue á los almoravides apoderarse de su fértil suelo y trocarse de auxiliares en señores.

Únicamente pudo sustraerse á la desdichada suerte de sus compatriotas el emir de Zaragoza segun digimos ya en el capítulo anterior. La causa fue el mutuo interés y la misma conveniencia de Yussuf.

Los dominios del zaragozano, extensos y bien defendidos, eran por decirlo así, como una barrera que contenía á los catalanes y navarros contra quienes sostenía continuas guerras; conveniale á Yussuf mantener aquel antemural, que en un caso dado, contendría á aquellos, también poderosos enemigos.

Por otra parte, como en sus dominios estaba el bajo Ebro, los Alfaques y Tarragona, sostenía un gran comercio con el Africa y la India y sus naves que exportaban los productos españoles, importaban frutos y mercaderías de aquellos remotos países.

Yussuf obrando como buen político, no deseaba la enemistad de tan rico Monarca, máxime cuando por su comercio y por la situación de sus Estados, proporcionábale grande utilidad, y á su vez el de Zaragoza, no menos político tampoco, no quiso tomar la demanda por ninguno de los demás monarcas españoles á quienes el berberisco desposeía, sino que por el contrario, enviándole ricos presentes consiguió ajustar su tratado de paz y alianza que en el interés de ambos estaba el respetar.

A no ser por este tratado, tal vez no le hubiese ido muy bien al emir de Zaragoza, pues el navarro y el castellano hacían algunas incursiones por sus tierras, que por lo general le eran perjudiciales.

D. Alfonso VI de Castilla había conseguido reponerse bastante de la terrible derrota de Zalaca, en términos que en 1093, hizo una expedición por la parte de Extremadura y Portugal, en la cual consiguió apoderarse de Santarem, Lisboa y Cintra.

Entre los extranjeros que segun manifestamos en el capítulo anterior, vinieron á Castilla á pelear contra los infieles, había dos primos hermanos de la casa de Borgoña, y tanto por su valor cuanto por las buenas dotes que les adornaban, obtuvieron un particular afecto por parte del rey D. Alfonso, en términos que el conde Ramon (1) alcanzó la mano de D.^a Urraca hija legítima del Monarca y de su esposa D.^a Constanza, y su primo Enrique, la de D.^a Teresa hija del Rey, habida de su union declarada ilegítima por el grado de parentesco que les unía, con D.^a Jimena Nuñez. Urraca y su esposo obtuvieron el condado de Galicia, y Teresa y Enrique las posesiones que arrebataron á los infieles en la Lusitania.

D. Alfonso dedicóse á repoblar las ciudades de Avila, Salamanca, Almazan y Segovia, extremadamente castigadas por las incursiones de los infieles, y habiendo fallecido su esposa D.^a Constanza en 1093, contrajo nuevo matrimonio con Bertha, repudiada esposa de Enrique IV de Germania.

Dos años subsistió esta union, al cabo de los cuales, vacante el tálamo real por muerte de aquella, cupóle la suerte de ocuparle á aquella Zaida, hija del rey Ebn-Abed de Sevilla, que criada en Castilla amando al Monarca y querida por este, decidióse á salvar el único obstáculo que les separaba que era la diferencia de religion.

Zaida al abrazar el Cristianismo tomó el nombre de María Isabel y casóse con el Rey en 1095, teniendo al cabo de un año un hijo, el único varon que el Monarca tuvo en sus diferentes consorcios.

Las conquistas sucesivas que fueron haciendo los almoravides, y la estancia de Yussuf en Africa, permitieron á Alfonso atender á los asuntos de su reino, y si algunas empresas acometió contra sus enemigos, debieron ser de escasa importancia, cuando no encontramos en las crónicas hecho alguno que digno de mencionar sea.

En 1103, Yussuf pasó de nuevo á España acompañado de sus dos hijos Abu-Tahir-Temim y Ali-Abul-Hassan, y despues de hacer un viaje recorriendo todas las provincias musulmanas, convocó en Córdoba á todos los jeques y principales walies almoravides, y les manifestó su resolucion de dejar por heredero de todos sus Estados de Africa y España á su hijo Ali, que aun cuando menor que su hermano era el predilecto del padre por su talento y valor.

Aceptada por la asamblea la sucesion indicada por el emir, procedióse á extender el acta, la cual fue firmada por los concurrentes, prestando Ali el juramento de gobernar el vasto imperio que heredaba, con arreglo á lo que su padre le indicara, y á su vez los jeques y wazires el de obedecerle. Este acontecimiento tuvo lugar en Córdoba por el mes de setiembre de 1103.

Los historiadores árabes se extienden largamente relatando los consejos que el anciano Yussuf dió á su hijo respecto á la marcha que habia de seguir, tanto para administrar aquellos reinos, cuanto al modo con que debia hacer la guerra á los cristianos, y las fuerzas que para ello debia emplear y sostener constantemente en la Península.

Segun ellos, le dijo que las magistraturas y los principales man-

(1) Ambos eran parientes de la reina D.^a Constanza. Esta era hija del duque Roberto de Borgoña y viuda del Conde de Châlons. Ramon ó Raimundo era hijo de Guillermo de Borgoña y Enrique de otro hermano de aquel.

dos militares de sus nuevos estados, no se los confiriese mas que á los guerreros lamtunas, mientras que las guerras que hubiera de sostener contra los cristianos las hiciese con los musulmanes andaluces, pues que mas conocedores del terreno y de las costumbres de aquellos con quienes habian de combatir, podrian servirle mucho mejor.

De igual manera le encargaba que la guarda de las fronteras la encomendase á ellos, seguro de que quedaria mucho mejor servido y disfrutaria de mayor seguridad.

El ejército que habia de mantener en la península no habia de pasar de diez y siete mil almoravides, pero bien pagados; siendo su distribucion, la siguiente: siete mil habia de haber en Sevilla; mil en Córdoba; tres mil en Granada; cuatro mil en el Este de España y dos mil en la parte Oeste.

Sobre todo le encargó que respetase y tratara con afecto á los musulmanes andaluces y que procurara por todos estilos mantener siempre buenas y afectuosas relaciones con los de Zaragoza.

Despues regresó al Africa y retirado por completo de los negocios á consecuencia de la debilidad consiguiente á su avanzada edad, pues tenia cerca de cien años, murió en Marruecos á la salida de la luna de Muharrán en el año 500 de la egra (1107) llorado por sus pueblos.

Su hijo Ali-Abul-Hassan que estaba en España, se dirigió inmediatamente á recoger el último suspiro de su padre y fue, pocos dias despues de su fallecimiento, proclamado emperador de Marruecos.

No permaneció mucho tiempo en Africa el sucesor de Yussuf.

Meditando nuevas empresas contra los cristianos, regresó á Algeciras donde reunió á los walies y gobernadores de la España musulmana, les dió sus instrucciones y seguro de que todo se haria conforme lo dejaba dispuesto, tornó á su país y envió á su hermano Temim á quien conlirrió el gobierno de Valencia.

Ganoso como este se hallaba de realizar alguna empresa que le diese prestigio y fama, u obedeciendo quizás á las instrucciones recibidas de su hermano, acometió con tanta celeridad como impetu el fuerte castillo y villa de Uclés.

El mejor éxito coronó su esfuerzo. La villa fue tomada, y la guarnicion se encerró en el castillo defendiéndose obstinadamente.

Al tener noticia el rey Alfonso de semejante suceso, preparóse á acudir en socorro de la fortaleza poniéndose al frente de sus soldados; pero segun Sandoval y algun otro historiador, impidiésole tanto su edad cuanto una herida que habia recibido en otra batalla que en 1106 sostuvo en Extremadura, y en la cual tambien quedó derrotado.

Fuera de ello lo que quisiese, el monarca de Castilla no pudo acudir al campo de Uclés enviando en su lugar á sus condes y caballeros, y confiándoles la custodia de su hijo Sancho, que á pesar de contar solos once años habiale ya su padre armado caballero y sabia regir un corcel.

La fortuna habíase alejado de las armas cristianas. Por mas bravura que desplegaron los soldados de Alfonso, por mas prodigios de valor que hicieron los condes y caballeros, la victoria se declaró por los infieles.

En lo mas récio de la pelea, el Príncipe que sintió herido su caballo, empezó á gritar á su ayo el conde Garcia de Cabra: «¡Padre! ¡padre, mi caballo está herido!» y mientras el Conde acudia en su ayuda, corcel y ginete rodaban por el suelo. El de Cabra cumpliendo como bueno, cubrió con su escudo al indefenso niño, haciendo frente á la morisma que le atacaba, y únicamente cuando la vida se le escapó por las cien heridas que tenia, dejóse caer sobre el ya inanimado cuerpo del jóven Príncipe.

Terrible fue la desesperacion del anciano rey D. Alfonso al recibir la dolorosa noticia. Segun las antiguas crónicas, entre sollozos lastimeros exclamó: «¡Ay meu fillo! ¡ay meu fillo! alegría de mi corazón é lume dos meos ollos, solaz de miña vellez; ¡ay meu espello en que yo me soya ver, é con que tomaba moy gran pracer! ¡ay meu heredero mayor! Caballeros, ¿hu me lo lejastes? Dadme meu fillo, condes.»

A lo cual tratabán de consolarle sus caballeros, sin que ni las protestas de afecto, ni las razones, bastasen para mitigar su honda pena.

A la pérdida de la batalla de Uclés ó de los Siete Condes como se la llamó por haber sido aquel el número de los que perecieron en ella, siguióse la pérdida de Consuegra, Ocaña y Huete, y para hacer mas triste la situacion del Monarca, su esposa Zaida ó Isabel habia fallecido poco tiempo antes.

Ansiando sucesion inmediata varonil, contrajo nuevas nupcias con una señora llamada D.^a Beatriz, pero la naturaleza no le concedió este último consuelo.

Hondamente minado por los pesares, viendo la perspectiva que se ofrecia á su reino con la minoría de su nieto D. Alfonso, niño de cuatro años é hijo de D.^a Urraca y del conde Ramon, que habia fallecido tambien, fuese lentamente debilitando, hasta que en 30 de junio de 1109 falleció, rodeado de los monjes de san Benito, á los setenta y nueve años de edad y cuarenta y tres y medio de reinado.



Serra Lit.

Lit. Andaluces P^a Nacional, 5.

ENTRADA EN TARRAGONA DE BERENGUER, RAMON.